

La paciencia (16.1–36)

Partió luego de Elim toda la congregación de los hijos de Israel, y vino al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinaí, a los quince días del segundo mes después que salieron de la tierra de Egipto (16.1).

Las preguntas que más a menudo hacen los niños durante un viaje largo, son: «¿Cuánto falta para llegar?», y «¿Ya llegamos?». Cuando yo era niño, mi familia hizo varias veces viajes largos en automóvil. Por lo general, después de media hora de viaje, un tremendo jaleo se armaba en el asiento de atrás entre mi hermano menor, Steve, y yo. Decíamos: «¡Él me tocó!»; «Mami, Steve no tiene puesto el cinturón de seguridad como ordenaste»; «¿Cuándo nos vamos a detener a comprar algo para beber?»; «¿Cuándo vamos a llegar a casa de abuela?».

Imagínese esta escena multiplicada por un millón. Los israelitas estaban lejos de la tierra prometida, lejos de Canaán. Había entre ellos y esta tierra, un enorme desierto. Había transcurrido un mes y medio desde que los maravillosos milagros de Dios los habían liberado de la esclavitud egipcia (16.1). Dios les había endulzado las aguas de Mara, y un oasis con doce fuentes de agua, y setenta palmeras, les había preservado la vida; sin embargo estuvieron prontos para quejarse, a pesar de las pruebas del cuidado de Dios.

En los cuarenta y cinco días que habían pasado desde que comenzaron a ser libres de la esclavitud, se quejaron en tres ocasiones. Se quejaron junto al Mar Rojo y en Mara. Ahora, en el desierto de Sin, murmuraban porque tenían hambre:

Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud (16.2–3).

DIOS ES PACIENTE

Me sorprende que Dios no destruyera a este pueblo en ese momento. Mi propia impaciencia me dice que un Dios justo, se vengaría y metería en cintura a tales murmuradores. ¡Habían visto más milagros que cualquier otro pueblo en la historia! *Debían* haber creído. Dios podía haber hecho que les cayera una lluvia de granizo ardiente desde los cielos. ¡Podía haberles concedido lo que pedían enviándolos de regreso a Egipto!

En lugar de destruir a estos quejosos, Dios los alimentó enviándoles maná y codornices.

Y Jehová dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no. Mas en el sexto día prepararán para guardar el doble de lo que suelen recoger cada día. Entonces dijeron Moisés y Aarón a todos los hijos de Israel: En la tarde sabréis que Jehová os ha sacado de la tierra de Egipto, y a la mañana veréis la gloria de Jehová; porque él ha oído vuestras murmuraciones contra Jehová; porque nosotros, ¿qué somos, para que vosotros murmuréis contra nosotros? Dijo también Moisés: Jehová os dará en la tarde carne para comer, y en la mañana pan hasta saciaros; porque Jehová ha oído vuestras murmuraciones con que habéis murmurado contra él; porque nosotros, ¿qué somos? Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová (16.4–8).

Él dio instrucciones detalladas sobre lo que debían hacer con este pan del cielo llamado maná: «Recoged solamente lo necesario para el día, excepto el viernes, cuando recogeréis lo necesario para dos días, así no trabajaréis el sábado». Algunos recogieron lo necesario para dos días en días que no eran viernes, y por tal razón se les echó a perder. Otros salieron a buscar maná el sábado. Moisés se enojó contra ellos (16.20), pero Dios fue paciente y perdonador.

LA PACIENCIA DE DIOS ES NECESARIA

Nosotros también necesitamos el perdón de Dios en nuestras vidas, cada vez que erramos en nuestras relaciones con los demás. ¡Cuán espantoso sería que Dios fuera impaciente para con sus hijos! ¿Cuánto podría durar cualquiera de nosotros si no fuera por la paciencia de Dios? ¡Este Dios de paciencia vive en nosotros y se esfuerza por ayudarnos en nuestros matrimonios, en la iglesia, en nuestras relaciones con los demás, y en nuestro andar con Jesucristo!

La paciencia para con los demás se arraiga en nuestro entendimiento de la paciencia de Dios para con nosotros, y en el hecho de que haya sido implantado el Espíritu Santo en nuestros corazones. ¿Qué impedía que lloviera fuego de los cielos sobre el desierto de Sin? La paciencia de Dios. Una y otra vez leemos en el Antiguo Testamento que Dios es tardo para la ira: «Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable;...» (Números 14.18; cfr. Nehemías 9.17; Salmos 103.8). La paciencia de Dios es limitada para con los que se rebelan y continuamente se oponen a Su voluntad, pero Él abunda en perdón y paciencia para con los que le aman.

Jesús, Dios con nosotros, tuvo paciencia en extremo para con sus discípulos. Durante tres años y medio, Jesús batalló por hacer partícipes de su misión a estos doce hombres, pero ellos a menudo cometieron errores. ¡Los líderes, los diáconos, los ancianos y los ministros de la iglesia, necesitan oír esto! ¿Cómo soportó Cristo a estos hombres? A veces fueron incrédulos, se llenaron de vanagloria, de odio y de ambición. Pedro a menudo habló sin pensar lo que decía. ¿Por qué se refirió Jesús a Simón como Pedro, es decir, como «piedra», cuando en realidad recordaba más a un pudín? Pedro descendió de la barca y anduvo sobre las aguas del Mar de Galilea en dirección a Jesús, pero este mismo Pedro comenzó a hundirse cuando vio la tormenta. Cuando la madre de Santiago y de Juan se acercó a Jesús para pedirle un favor, Jesús la

escuchó. «Haz de mis dos hijos tus primeros ministros», le pidió ella. Ellos debieron haber estado cerca cuando su madre dijo esto, pues Jesús les preguntó: «¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?». Y les dijo: «Vosotros no entendéis. Esto no es mío darlo». Luego los discípulos comenzaron a disputar, y Jesús tuvo que explicarles que ellos no se organizarían como ciertos grupos paganos en los que había un jefe. Su grupo sería gobernado solamente por siervos (Mateo 20). Imagínese lo que Jesús pensó cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén, sabiendo que esta misma gente que le cantaba alabanzas, pronto estaría pidiendo su crucifixión.

Cuando una ciudad samaritana no escuchó las prédicas de ellos, Santiago y Juan —llamados los Hijos del Trueno, tal vez por sus repentinos cambios de humor— le sugirieron a Jesús que destruyera aquella ciudad con fuego de los cielos. Tomás siempre exigió «¡Quiero ver las pruebas!». Cuando Jesús les dijo que se iría a prepararles lugar en los cielos, Tomás quiso que le dieran detalles preguntando: «... ¿cómo, pues, podemos saber el camino?» (Juan 14.5). Jesús les ha dado a los líderes de la iglesia el modelo perfecto de la paciencia: *Enseñar con bondad y siempre tomar en cuenta los sentimientos de las personas.*

Es fácil decir de otras personas: «Es que son débiles. Si tuvieran una relación apropiada con Dios, no tendrían tales problemas». Los líderes de la iglesia a menudo atienden a las necesidades de aquellos miembros que ponen su grito en el cielo, excluyendo a los demás. Los líderes desilusionados no desean prestarles atención a los quejosos. Es fácil ser indiferente para con los de poco ánimo y espiritualmente débiles, pero ellos necesitan atención y aliento. No basta con decir que deberían ser más fuertes. Esto no nos excusa de pastorear a esta gente personal y pacientemente. Atienda a lo que Pablo expresa: «También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos» (1^{era} Tesalonicenses 5.14).

Es fácil desanimarse con la gente. Todos tenemos cierta idea de cómo debieran marchar las cosas. Nos parece que los demás deberían conformarse a nuestro modo de pensar acerca de la iglesia, del hogar y del mundo. Cuando otros no ven las cosas tal como las vemos nosotros, es fácil enojarse y desanimarse con la gente.

Se espera mucho de los miembros de la iglesia. Esperamos que nuestros iguales cristianos sean sin defecto, y que no tengan debilidad visible alguna. Si a un hermano o hermana le resulta difícil

entregarse al Señor y dominarse a sí mismo, y esto es algo que persiste, nuestra tendencia es a desanimarnos con esa persona. Puede que estén batallando con algún problema moral o familiar, sin embargo ¿¿habrá alguno que esté sin pecado como para arrojar la primera piedra?! Si pensamos que no tenemos debilidades importantes en nuestras vidas, ningún pecado con el cual batallar, entonces habremos sucumbido bajo el más peligroso de todos los pecados —el del *orgullo*.

LA PACIENCIA DE DIOS ES PARA SER IMITADA

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante (Efesios 4.29—5.2).

Estamos llamados a ser imitadores de Dios, a amar como Cristo amó, sacrificando completamente nuestro ego. La primera cualidad del amor divino que se menciona en 1^{era} Corintios 13, está relacionada con la paciencia: «El amor es sufrido» (1^{era} Corintios 13.4). Este bien conocido capítulo sobre el amor, también dice que el amor «no guarda rencor,... todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser;...» (1^{era} Corintios 13.5–8).

Según una historia de la tradición hebrea, Abraham estaba sentado fuera de su tienda una noche, cuando vio a un anciano que caminaba hacia él, exhausto por la edad y por el viaje. Abraham corrió a recibirlo y lo invitó a pasar a su tienda. Le lavó los pies, y le dio de comer y de beber. Cuando el anciano comenzó a comer sin haber orado, Abraham le interpelló: «¿No adora usted a Dios?». El viejo caminante le contestó: «Yo sólo adoro al fuego y no tengo reverencia para ningún otro dios». Al oír esto, Abraham lo echó de su tienda al frío de la noche. Según se cuenta, cuando el anciano se alejó, Dios llamó a Abraham y le preguntó dónde estaba el extraño. Abraham respondió: «Lo eché porque no te adoraba a Ti». Dios le respondió: «Yo lo he soportado durante todos estos años, a pesar de que me deshonra. ¿No

podrías haberlo soportado tú aunque fuera una noche?». Esta manera de entender la paciencia de Dios para con la gente, debería hacernos mejores portadores de las buenas nuevas. Leemos: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2^a Pedro 3.9).

La paciencia de Dios es la única razón por la que la tierra todavía está en pie. Cada momento que pasa es una oportunidad más para que el hombre se vuelva a Él. Jesús contó una vez una parábola acerca de un sembrador (Mateo 13.3–23). La semilla era la palabra de Dios. A nadie he conocido más paciente que los agricultores. Labran la tierra en febrero, fertilizan en marzo, siembran en abril, cultivan en mayo y junio. Durante el caliente verano cortan la mala hierba, riegan el cultivo y combaten los insectos. No es sino hasta en el otoño que el cultivo está listo para ser cosechado.

Jesús usó esta ilustración para describir el proceso del evangelismo: Regamos la semilla y oramos para que sea multiplicada. Esto lleva su tiempo. Dar a conocer las buenas nuevas de Jesús a los demás, no es algo que hagamos un día y luego nos olvidemos de hacerlo al siguiente. Es algo que hacemos continuamente en nuestro diario vivir. Deberíamos estar siempre buscando las oportunidades de sembrar la semilla. Jamás se justifica que seamos ofensivos; sólo hablemos la palabra de vida de modo que la gente pueda ver el camino al cielo. La paciencia nos hará mejores líderes de la iglesia, mejores maestros del evangelio, y mejores hermanos y hermanas entre nosotros.

CONCLUSIÓN

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no

quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conserivos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conserivo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de

todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas
(Mateo 18.21–35).

La paciencia de Dios tiene como propósito reproducirse ella misma en los hijos de Dios. La impaciencia es pecado.

¿Y qué de usted? ¿Se ha entregado usted al Señor Jesús? Él es paciente para con usted. Ha esperado que usted venga o regrese a Él. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados